



ENTRE EL AMOR Y LAS SOMBRAS

Primer libro: DESTINOS CRUZADOS

Una historia real de amor y fe, basada en las relaciones humanas y la redención en los momentos más oscuros.

A. E. FABREGAS y S. B. BRIEVA

El capítulo gratuito

EL GRAN DÍA

El 4 de octubre de 1974 amaneció despejado, como si incluso el clima conspirara para hacer de ese día algo memorable. En la casa de Susana, sin embargo, el aire estaba cargado de una mezcla de emoción y tensión. Este era el día con el que había soñado desde niña, y a sus veintiún años, por fin, estaba a punto de caminar hacia el altar. La ceremonia se celebraría en la iglesia de Little Flower, en Coral Gables, Florida, una iglesia tradicional de arquitectura española que no solo era imponente sino también cargada de simbolismo. Alejandro hablaba con Quique mientras se vestían en casa de Josefina, antes de salir hacia la iglesia. Quique lo miró con seriedad, —¿Crees que Mama hará algo?

—No lo sé. Pero si lo intenta, estoy listo para detenerla. No voy a permitir que nadie se interponga entre Susana y yo. Alejandro llegó temprano a la iglesia, acompañado por su hermano Quique, el padrino. Llevaba su esmoquin, los zapatos perfectamente lustrados y una pequeña rosa blanca en la solapa. Se veía apuesto, noble y sereno. En la iglesia, las flores, los candelabros, la música clásica, todo estaba listo..., sin embargo... mientras Susana se preparaba en la intimidad de su habitación, mientras se miraba en el espejo ajustando el maquillaje, sonó el timbre de la puerta. Una inesperada nota llegó a sus manos.

El sobre, sin remitente, contenía un mensaje breve y amenazante: No creas que la boda se va a celebrar. Haré todo lo posible para impedirla. Prefiero ver a mi hijo entre rejas que casado contigo.

—No puedo creer que mi suegra sea capaz de hacerle esto a su hijo... maldecir nuestra boda. ¿Cómo puede ser tan cruel? ¡Es nuestro día! No puede arruinarlo... —dijo Susana con lágrimas en los ojos. La nota, no dejaba lugar a dudas: era una amenaza directa, una declaración de que la boda no se celebraría. La ansiedad que Susana había intentado mantener a raya durante semanas explotó en un torrente de lágrimas. Su hermana y su madre entraron corriendo en la habitación, seguida de su madre. —¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —Fina va a arruinar nuestro día. Mira la carta que acabo de recibir. —¡Ay, Dios mío! ¡Orlando! —gritó Machy buscándolo por la casa—. Mira a lo que se ha atrevido Fina. Tienes que localizar a Roberto, tu amigo el detective privado, que estará como invitado en la ceremonia. Orlando cogió el teléfono e intentó localizar a Roberto. Cuando este contestó, le explicó la situación. —No te preocupes Orlando, todo estará bajo mi control. Necesito el nombre de esa señora, teléfono, dirección y una foto. Cerraremos todas las puertas laterales de la iglesia, para poder controlar a los invitados por la puerta principal. Cuando colgó, Machy y Tessie se acercaron a Susana: —Tranquila. Papá ya ha tomado cartas en el asunto. No vamos a dejar que nada ni nadie arruine tu boda. Si tu suegra intenta algo, no va a poder entrar. —Espero que tengas razón —susurró Susana.

Su madre se acercó, colocándole suavemente la capa que completaba su vestido. —Estás preciosa, hija. Nadie va a arruinar este día. Si tengo que sacar a tu suegra de la iglesia por los pelos, lo haré. A pesar de los nervios, Susana no pudo evitar reírse un poco. Sabía que su madre hablaba en serio y era capaz de todo. —Gracias, mamá. Hoy tiene que ser perfecto. Respiró hondo, inspirada por el apoyo inquebrantable de su familia. Se giró hacia el espejo una vez más, y con determinación dijo: —Hoy es mi día y no voy a dejar que nadie lo arruine. Vamos, papá. Estoy lista. Su padre, con los ojos brillantes, le ofreció su brazo para llevarla al coche. —Estás radiante, hija. Me siento muy orgulloso de ti.

LA CEREMONIA Cuando llegaron a la iglesia, el reloj marcaba las 19:45. Susana esperó en el coche, sintiendo cómo la emoción comenzaba a apoderarse de ella. Dentro, los invitados llenaban los bancos, la música clásica flotaba en el aire y todo parecía estar en su lugar. Tessie, se acercó al coche. —Es hora, Susana. Todos están listos. ¿Tú lo estás? Ella miró a su hermana, luego al cielo despejado y finalmente asintió con firmeza. —Sí, estoy lista. Mientras caminaba hacia la entrada de la iglesia del brazo de su padre, los nervios comenzaron a dar paso a una emoción pura. Las puertas se abrieron suavemente. La música comenzó a sonar.

A medida que las primeras notas de la música de coronación resonaban bajo los techos abovedados, los invitados se giraron hacia las grandes puertas, esperando la entrada de la novia. La corte de honor inició su entrada: los niños esparciendo pétalos de rosa, las seis damas y los caballeros, Tessie y Quique. Alejandro esperaba nervioso a pie del altar.

Cuando finalmente llegó la hora de entrar la novia a la iglesia, fue como si el tiempo se detuviera. La iglesia, bañada por la luz de las velas, estaba impregnada del aroma de las flores y el suave murmullo de la anticipación.

Susana, de pie en el umbral y con el corazón acelerado, tomó el brazo de su padre, sintiendo que las rodillas le temblaban de emoción. El peso de su capa descansaba sobre sus hombros, como un suave recordatorio de la importancia del momento. Esto era todo. La culminación de meses de planificación, años de amor y una vida llena de sueños. Respiró hondo y dio un paso hacia adelante, iniciando su entrada por el largo pasillo de la iglesia. Mientras caminaba del brazo de su padre por el pasillo, vio a Alejandro esperándola en el altar, con los ojos fijos en ella como si no existiera nada más en el mundo. Cuando él la vio entrar, le temblaron las manos. Ella se veía radiante, casi irreal, caminando por el pasillo con pasos lentos y una sonrisa serena. Sus ojos se encontraron con los de Alejandro. Con cada paso que daba hacia él, todo lo demás dejó de importar. Alejandro la esperaba en el altar y, al verlo, Susana sintió que todo había valido la pena. Cuando llegó hasta él, Alex le tomó las manos y susurró: —Sabía que serías la novia más hermosa. La ceremonia fue hermosa. Estuvo llena de momentos emotivos y simbolismos significativos, la ofició un sacerdote que conocía bien a la familia, con una mezcla de solemnidad y cercanía. Habló de la resiliencia del amor, de las segundas oportunidades y de cómo, a veces, los caminos más difíciles llevan a los destinos más hermosos.

Cuando llegó el momento de los votos, Alejandro tomó la mano de Susana y, con voz firme pero quebrada por la emoción, le dijo: —Prometo amarte, honrarte y cuidarte, no solo en los días de luz, sino también en las sombras. Has sido mi refugio y mi esperanza, y hoy, frente a Dios y nuestras familias, quiero que seas mi compañera de vida para siempre. Susana, con lágrimas contenidas, respondió: —Te recibo, Alejandro, con todo lo que eres y has sido. En tus heridas y en tus logros. Porque he visto tu alma y sé que Dios nos ha traído hasta aquí con propósito. Prometo caminar a tu lado, en fe, amor y verdad, todos los días de nuestra vida. Un silencio sagrado envolvió la iglesia. Luego, el sacerdote bendijo las alianzas que los niños habían traído en un pequeño cojín bordado. Al colocarlas, sus manos temblaban, pero sus corazones ardían con la certeza de estar donde debían estar. A lo largo de la misa, Susana no podía dejar de sonreír. Cada palabra que pronunciaban, cada gesto, parecía sellar no solo su amor, sino también la convicción de que juntos podrían superar cualquier obstáculo. La ceremonia transcurrió con una gracia y belleza que superó los sueños de los novios. El Ave María de Bach resonó en la iglesia; su melodía conmovedora añadió solemnidad a los votos que intercambiaron. La calidez de las flores otoñales y el resplandor de las velas se entretejieron en un tapiz de amor y celebración. Susana sentía que la presencia de su abuelo Eugenio que había fallecido un mes antes, le acompañó todo el tiempo. Sentía que estaba allí sentado en el altar, disfrutando de cada momento.

El beso que selló sus votos fue una bendición que sanaba cada herida del pasado. Una redención. Un nuevo comienzo. Después de la ceremonia, salieron bajo una lluvia de arroz y aplausos. Alguien gritó: “¡Que vivan los novios!” y Susana se aferró al brazo de Alejandro con todas sus fuerzas, como si ni siquiera el viento pudiera separarlos. Al finalizar la ceremonia, se celebró un banquete, en una ubicación que solo conocían los más íntimos. La fiesta fue un éxito total, llena de risas, brindis y baile. La música de Never Gonna Give You Up de Barry White resonó en la pista mientras los novios abrían el baile. Finalmente, cuando la noche llegó casi a su fin, los novios se cambiaron para iniciar su luna de miel. Cuando iban en el coche, camino del hotel, Susana, con gran emoción gritó: —Lo logramos, amor. Nada ni nadie pudo separarnos.

UN MES DESPUÉS ESA MALDICIÓN SE CUMPLIÓ

—Por los cuatro cargos de los que se le acusa, es condenado a quince años de prisión consecutivos por cada uno de ellos. La sentencia total es de sesenta años —anunció con voz fría, mecánica, como si estuviera hablando de una simple transacción y no de la vida de una persona. El martillo golpeó la madera con un eco que pareció sacudirles los huesos. Las palabras resonaron en la sala. “Quince años por cada cargo... Sesenta años...” Su mente no podía procesarlo, como si la magnitud de lo que acababa de suceder fuera demasiado grande para comprenderlo.

60 AÑOS DE PRISIÓN

Susana tuvo que decidir entre abandonarlo... o seguir amándolo.